

bam
bú

MICHAEL MORPURGO



CORWEB

Traducción de Patricia Mora









CAPÍTULO UNO

Me llaman Cobweb. Y sé por qué. Ya te lo contaré luego. Puede que sea un perro, pero sé y entiendo de muchas más cosas de las que cree la gente. Es cierto que casi ni sabía ni veía cuando nací, al menos durante un tiempo. Tuve que aprender, igual que tú. El mundo era un borrón muy muy borroso, una neblina de luces y sombras y sonido y silencio, un mundo de ternura y leche y cercanía y lametones y calor.

Al principio, reconocía a las personas por sus voces, y a una de ellas en particular. La primera voz que escuché en mi vida. Era amable y suave, la oía cuando me tomaba en brazos, me sostenía, me acunaba y me acariciaba. Esa voz me dijo:

–Hola, pequeñajo. Soy Beth. Y te voy a cuidar siempre, siempre. Te lo prometo.

Entonces llegó el día en el que abrí los ojos y vislumbré el mundo tal como es, sin rastro de borrones, todo claro y luminoso, tal como lo he visto toda mi vida desde entonces. Ese mismo día vi a mi Beth por vez primera: un rostro de sonrisas y alegría. Pero pronto le puse cara

a otra voz que también había escuchado antes, una más potente. Esta cara casi nunca sonreía, no como la de Beth. Ella lo llamaba «papá».

–No te preocupes por papá –me decía Beth–. Es



mi padre. Últimamente está un poco gruñón. Dice que es porque le duelen los huesos, pero yo sé que no es por eso. Lleva así desde... desde lo que pasó. Está triste. Yo también he estado triste, pero tú me has devuelto la alegría.

Beth era la persona a la que más quería en el mundo, porque notaba que ella me quería más que a nada. Así es como suele funcionar el amor, por si no lo sabías. Mi madre también me quería, claro, pero tenía otros seis cachorros como yo a los que alimentar y cuidar, así que tuvo que dividir su afecto en siete partes. No es fácil. Me limpiaba a lametazos, se preocupaba por mí y me daba de comer, igual que al resto de mis hermanos y hermanas.

Tuvimos que aprender a valernos por nosotros mismos a la hora de la comida, y eso no me resultó sencillo, porque yo era el más pequeño. Siempre tenía que abrirme paso a empujones entre los demás, que peleaban por conseguir el mejor sitio para comer, se esforzaban por apar-

tarme, pasar por encima de mí y empujarme hacia atrás. Normalmente no lo conseguían. Puede que fuera el más pequeño, pero era tan cabezota como ellos. No me quedaba otra.

En fin, pronto aprendí que Beth era la que me cuidaba de verdad, la que me quería más que a nada. Casi siempre estaba trabajando en la granja con papá, pero en cuanto podía, se acercaba al granero para verme. Me cogía, me llevaba en brazos, me hablaba, me acariciaba y me daba besos en la nariz. Nunca quería estar sin mí. Ni yo sin ella. Creo que se dio cuenta de que necesitaba más cuidados que mis hermanos, porque era el más pequeño, y estaba en lo cierto. Y a mí me encantaba.

Al cabo de poco tiempo, Beth empezó a llevarme a sus sitios favoritos de la granja; a veces, hasta la acompañaba a la casa de campo en la que vivía con papá, donde ella sabía y yo pronto descubrí que los perros no podían entrar. Papá le repetía una y otra vez que los animales tenían que quedarse en el granero o en el corral.

Beth le replicó sin más:

—Si no puedo meter a Cobweb en casa, ¡me iré a vivir con él al granero! ¡Ya lo verás! —Y lo decía en serio. Yo lo sabía. Papá también lo sabía, así que cedió. Casi siempre acababa cediendo. Ella sabía manejarlo.

Después de eso, Beth y yo entrábamos y salíamos de la casa a nuestro antojo. En el interior se estaba cómodo, sobre su cama, calentito y a gusto. Pero durante un tiempo seguí pasando las noches en una esquina del granero, con mi madre y con mis hermanos, que no paraban de moverse. Ahí también estaba cómodo, y apesotado. Me encantaba apestar. Soy un perro, no lo olvides. De este modo, tenía lo mejor de los dos mundos: del granero y de la casa de campo. Era un perrito feliz en ambos sitios, pero siempre lo era más cuando estaba con Beth.

Siempre nos entendimos a la perfección, desde el principio. A menudo, sabía lo que ella estaba pensando antes de que lo dijese, y ella siem-

pre sabía lo que yo estaba pensando antes de que ladrara.

Pronto descubrí que Beth tenía un sitio favorito. La isla del tesoro.

—Algún día te llevaré allí. No hay ningún tesoro —me contó—. Solo es un relato antiguo, un viejo cuento de hadas sobre un cofre enterrado en algún sitio de la isla, lleno de monedas de oro procedentes del naufragio de un galeón español. Eso es lo que nos contaba mami.

Beth me relataba sus alegrías y, con el tiempo, también sus tristezas. Un día me contó la mayor tristeza que llevaba en su interior. Yo no sabía qué era lo que la había provocado, pero me había percatado de que la llevaba dentro mucho antes de que me hablara de ella.

—Mami está muerta, ¿sabes? La echo de menos todos los días. Y también a Dylan, que era mi hermano mayor. El mejor hermano que se puede tener. Y mami también era la mejor madre del mundo. Papá los echa de menos todos

los días, todas las noches, igual que yo. Nunca hablo de ellos con él, ni con nadie. Solo contigo.

»A papá no le gusta que mencione sus nombres. No quiere recordarlos tal como fueron. Pero yo sí. Mami nos contaba a Dylan y a mí un montón de cuentos, pero la historia del cofre del tesoro escondido en la isla era mi favorita. Y la de Dylan también. Siempre decía que algún día encontraría el tesoro, lo desenterraría y nunca más seríamos pobres. ¿Sabes qué más nos contó mami, Cobweb? Ella siempre decía que, si crees de verdad en una historia, esta se hace realidad. Sé que no es cierto, pero la esperanza es lo último que se pierde, ¿verdad, Cobweb?

»Todos los días espero que mi madre vuelva, pero no ha vuelto y no volverá. Ni tampoco Dylan. Y eso no me quita la esperanza.

»Sucedió cuando era pequeña. Un día salieron en la barca a recoger las trampas para las langostas; de eso hace cinco años, tres meses y dos semanas, y no volvieron. «Con la siguiente

marea», me digo a mí misma para mantener la esperanza. «Volverán con la siguiente marea.» Pero nunca vuelven, por supuesto, y sé que nunca lo harán. Ay, ¿no sería maravilloso si todo lo que deseáramos se hiciese realidad?

»Cuando papá se hunde en su tristeza, Cobweb, no para de repetir lo pobres que somos, que ahora que Dylan y mami ya no están tenemos que encargarnos nosotros solos de todo el trabajo de la granja y de la casa. Durante un tiempo, Barry, uno del pueblo, venía a echarnos una mano, pero no servía de mucho y no tenía sentido pa-

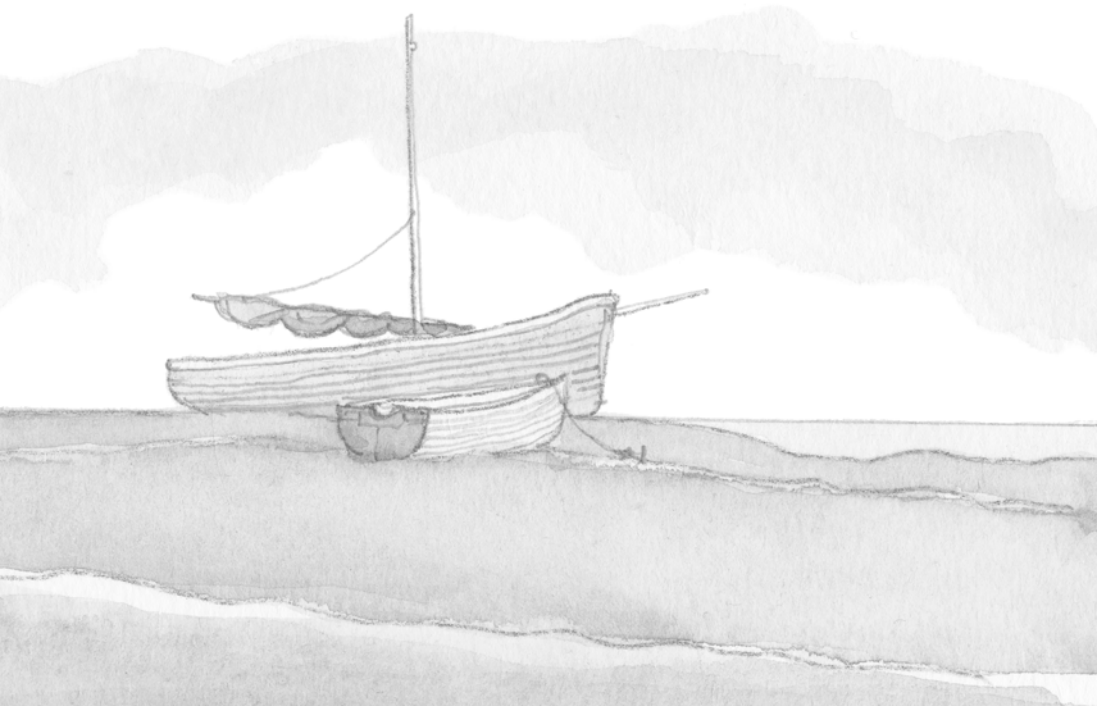


garle, según dijo papá. Barri siempre me decía que trabajar en el campo era demasiado duro. Siempre estaba barruntando. Tampoco es que a mí me gustara tener a Barri por aquí. Le gritaba a mis ovejas y las asustaba, a las pobrecitas. Así que, si te digo la verdad, me alegro de que se fuera.

A Beth le encantaba hablar. Yo no entendía la mitad de lo que decía, claro, pero me encantaba que me hablase. Sentía que se estaba confesando, que confiaba en mí.

—Barri se marchó para hacerse soldado, ¿sabes?

—me dijo—. Para luchar contra los franceses en la



guerra, contra el Pequeño Corso. Los franceses no tienen un rey como nosotros, Cobweb. Tienen un emperador. No sé por qué. Napoleón se llama, aunque nosotros lo llamamos el Pequeño Corso. Y el Pequeño Corso quiere invadirnos, y nosotros no queremos que lo haga, ¿a que no? Por eso le plantamos cara y él nos la planta a nosotros. Unos cuantos jóvenes de por aquí se han ido a la guerra, igual que Barri. Y no sabemos nada de él ni lo hemos visto desde entonces. Han matado a uno o dos. Eso es lo que pasa en las guerras, Cobweb. La gente muere, y eso es muy triste.

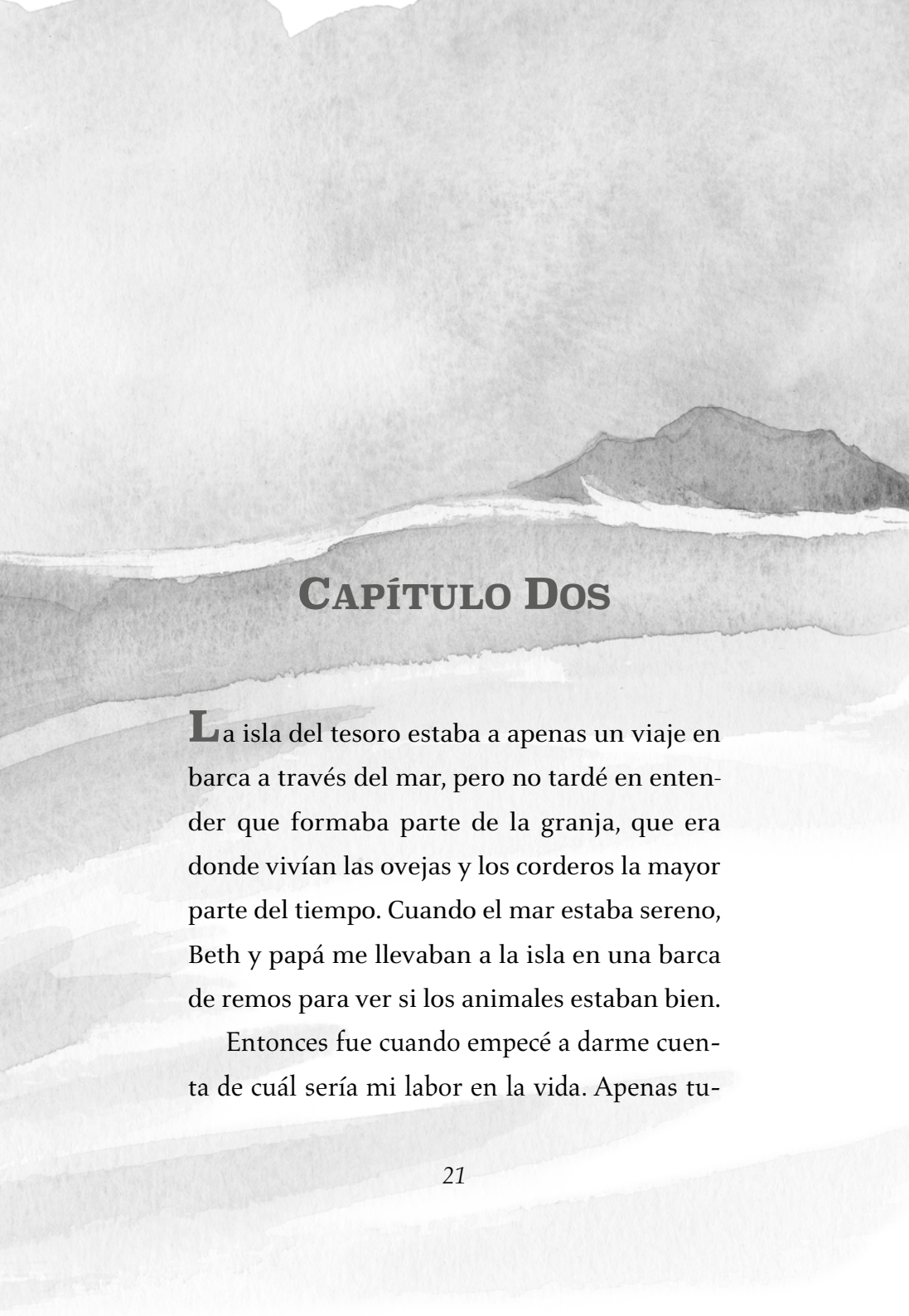
»En fin... –Todavía no había acabado–. En fin, que papá y yo volvemos a estar solos. Pero el problema es que no hay bastantes horas en el día para hacer todo el trabajo, no tenemos manos suficientes, y los muros de piedra se están desmoronando. En el último vendaval perdimos un cobertizo, y el techo de la casa se está cayendo, y van a venir más temporales... Como siempre. Y papá dice que nunca tendremos dinero sufi-

cienta para arreglarlo todo, por mucho que nos esforcemos. Y repite una y otra vez que sabe que hay un botín por ahí, en la isla del tesoro, que ha de haberlo, y que algún día lo encontrará y seremos ricos y todo irá de perlas.

»No puedo decirle que no tiene sentido desear lo imposible, ¿verdad? No hay ningún tesoro, mami y Dylan ya no están, ni regresarán, y no podemos traerlos de vuelta. En esa isla del tesoro solo hay ovejas. Ellas son mi pequeño tesoro, mis amores. Me basta con eso. Y, por supuesto, también hay conejos, Cobweb, un montón de ratas y de conejos. Te encantarán las ratas y los conejos. Lo pasarás pipa persiguiéndolos.

Aunque era un cachorrito, Beth me llevaba en barca a la isla del tesoro, para conocer a sus ovejas, decía, así las conocería yo a ellas y ellas a mí. A veces, papá llevaba a mis hermanos y hermanas, pero Beth solo me llevaba a mí. Al principio no me quedaba claro por qué. No tardaría en descubrirlo.





CAPÍTULO DOS

La isla del tesoro estaba a apenas un viaje en barca a través del mar, pero no tardé en entender que formaba parte de la granja, que era donde vivían las ovejas y los corderos la mayor parte del tiempo. Cuando el mar estaba sereno, Beth y papá me llevaban a la isla en una barca de remos para ver si los animales estaban bien.

Entonces fue cuando empecé a darme cuenta de cuál sería mi labor en la vida. Apenas tu-

vieron que enseñarme. De alguna forma, yo ya sabía hacer mi trabajo. Papá silbaba y bramaba y movía el bastón, y yo tenía claro lo que había que hacer. Sabía que estaba hecho para eso. No me preguntes cómo. Me ponía detrás



de las ovejas y dejaba que mis ojos y mis ladridos las guiaran, ya fuera para juntarlas o para instarlas a seguir andando, y así Beth y papá podían comprobar si alguna no corría bien, es decir, si cojeaba un poquito. Yo las arrinconaba,



las amontonaba bien apretaditas y me tumbaba con la cabeza entre las patas, supervisando. Me bastaba con usar los ojos, aunque de vez en cuando soltaba un par de ladridos para dejar claro quién mandaba allí. Papá y Beth caminaban entre ellas, tarea que resulta más sencilla cuando están amontonadas, y cogían a las que no estaban del todo bien. Sacaban a las que estaban enfermas y las curaban, si podían.

A veces llevaban alguna de vuelta a la granja, si necesitaba más cuidados. Papá manejaba las ovejas con dureza cuando las agarraba por las patas



o por el cuello, pero Beth siempre las trataba con cariño. Les hablaba para que se calmaran. Adoraba a sus «amores», se le notaba. Pero no tanto como a mí. Eso también se le notaba.

En la isla del tesoro fue donde perseguí por primera vez a un conejo y a una rata, y donde aprendí que jamás se persigue a las ovejas, solo se les hace saber que estás ahí, y también aprendí a moverlas sin asustarlas. Beth fue la mejor maestra que podía tener un perro. Nunca se enfadaba conmigo, nunca me gritaba, no como papá. Y Beth siempre me daba una caricia o un achuchón cuando lo hacía bien. Así que siempre me esforzaba para hacerlo lo mejor que podía. Quería que estuviera orgullosa de mí.

Recuerdo muy bien el día de la promesa. Hacía buen tiempo: cielo azul, mar azul, liso y en calma. Nos habíamos metido los tres en la barca para ir a la isla del tesoro a ver otra vez a las ovejas. Allí pasamos uno de los mejores días de mi vida. Papá no me gritó ni una sola vez. Per-

seguí un montón de conejos y pillé unas cuantas ratas, cosa que me encantaba. Hasta me gané una caricia de papá por ello. A él no le gustaban las ratas.

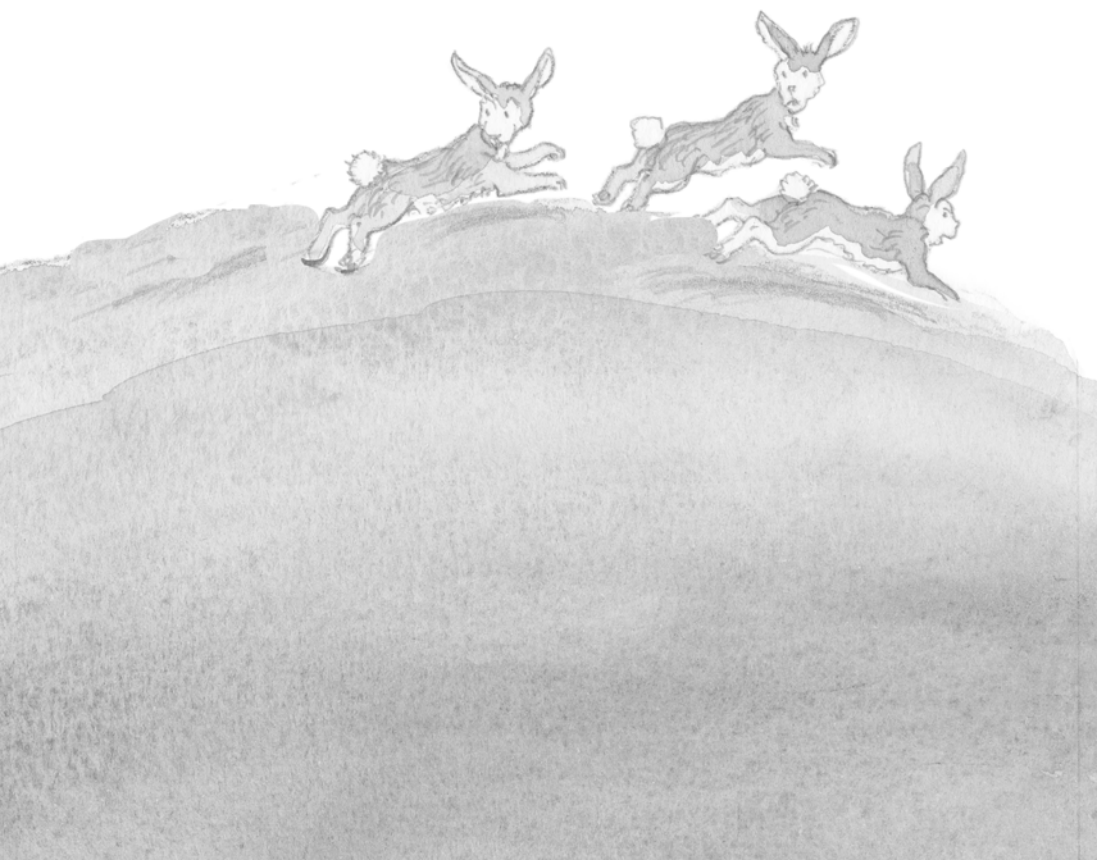
—La única rata buena es la que está muerta —decía él.

Pasó poco después de que llegáramos a casa. Para entonces ya vivía siempre en la casa de



campo; mi vida en el granero, junto a mis hermanos y hermanas, había quedado atrás. Beth se acucilló a mi lado en la cocina mientras yo bebía agua de un cuenco. Papá estaba sentado en su sillón junto al fuego, dormido, agotado.

—Hoy me he sentido muy orgullosa de ti en la isla del tesoro. Y papá también. Se le notaba. Ha llegado el momento. Ya terminarás de beber



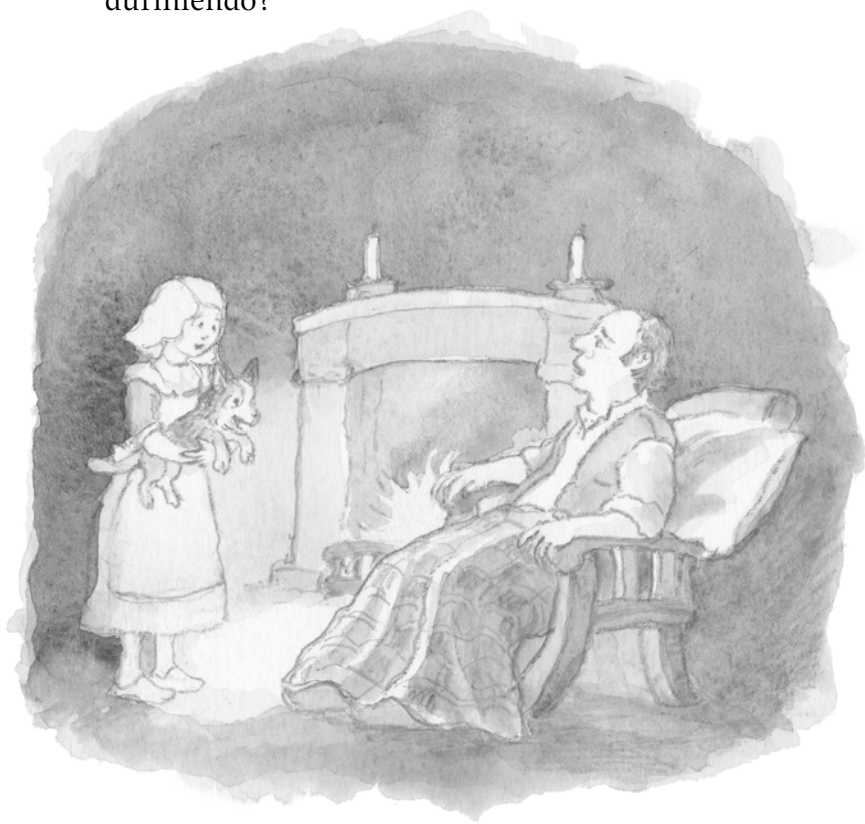
más tarde. —Me cogió en volandas y me dio un beso en la nariz—. Deséame suerte, Cobweb —me dijo, y me llevó hasta papá.

—Papá —dijo al ponerse a su lado. Le sacudió el hombro con suavidad, pero tuvo que insistir para despertarlo—. ¡Papá! Soy yo, Beth. Despierta, papá. —Siguió sacudiéndolo hasta que este abrió los ojos. En ese momento, me percaté de que lo único que deseaba era volver a cerrarlos—. Solo quería decirte, papá, que Cobweb es mío —prosiguió Beth—. Es mío, ¿de acuerdo? Te puedes quedar al resto de los cachorros para venderlos cuando les llegue la hora, pero Cobweb es mío, ¿está claro? ¿Me lo prometes?

Papá estaba enfadado por haberse despertado, y de mal humor.

—¿Para qué lo quieres? Si es un suspirito, el más pequeño de todos. No, no. Lo venderemos igual que a los demás. Necesitamos el dinero. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No tendremos granja si nos quedamos sin blanca. Nos

hace falta hasta el último penique que podamos conseguir, y nos darán un buen pico por él. Va a ser un gran perro ovejero. Conozco a un pastor en el pueblo. Seguro que nos paga bastante por él. Lo has hecho bien, Beth, lo has educado como es debido. A este perro se le dan de fábula las ovejas, garantizado. Pero es un perro, Beth, sin más, no es tu amigo. No te pongas tontorrón. Vete y déjame vivir. ¿No ves que estoy durmiendo?



Ahora Beth estaba tan enfadada como él.

—No es ninguna tontería, papá —le dijo—. Y tú no estás durmiendo. Y Cobweb es mi amigo, mi mejor amigo. Me cae bien y yo a él también. Los niños tienen amigos. Yo no, porque vivimos en la granja, lejos de la gente del pueblo. Los niños tienen madres. Y hermanos también. Yo no porque se murieron los dos. Así que a veces me siento sola, ¿entiendes? Y necesito un amigo. Cobweb es mi amigo. Y, como tú bien has dicho, se le dan de fábula las ovejas, más que a cualquier otro perro que yo haya visto. Así que lo quiero para mí. Tienes que prometérmelo. Si mami y Dylan estuvieran aquí, te pedirían que...

—¡No te atrevas a pronunciar sus nombres! ¿Me oyes, Beth? —La voz de papá estaba cargada de lágrimas—. No deberían haber ido a pescar en la barca aquel día. Se lo dije. Y todo por una o dos asquerosas langostas. Pero no me escucharon, ni el uno ni la otra. «Ah, no, papá», me dijo Dylan. «No nos pasará nada». ¿En qué estaban

pensando? ¿Por qué? ¿Por qué salieron? Les dije que el mar estaba bravo. Se lo advertí. —Papá se había levantado de su sillón y le estaba gritando a Beth, y a mí también—. Muy bien, si tanto quieres el perro, pues quédatelo, ¡me importa un bledo! Ahora déjame tranquilo, ¿de acuerdo? Y no vuelvas a mencionarlos, Beth, ¿me has entendido? Nunca jamás.

Beth estaba tan alterada como papá. Me cogió en brazos y me abrazó con fuerza mientras escapaba al corral, desperdigando la paja conforme pasaba.

—Mío, Cobweb, ¡eres mío! Y yo soy tuya. —Estaba llorando, enterró la cara en mi cuello—. Pero es cierto lo que dice papá. Sí que les advirtió. Escuché que les decía que venía un terrible viento del oeste y que no tomaran la barca, que lo notaba en el aire. Les dijo que el mar del canal estaba picado. Sin embargo, mami se fue con Dylan y nunca volví a verlos. Pero ahora te tengo a ti. Tú y yo, siempre juntos.



Bambú Exit

Ana y la Sibila

Antonio Sánchez-Escalonilla

El libro azul

Lluís Prats

La canción de Shao Li

Marisol Ortiz de Zárate

La tuneladora

Fernando Lalana

El asunto Galindo

Fernando Lalana

El último muerto

Fernando Lalana

Amsterdam Solitaire

Fernando Lalana

Tigre, tigre

Lynne Reid Banks

Un día de trigo

Anna Cabeza

Cantan los gallos

Marisol Ortiz de Zárate

Ciudad de huérfanos

Avi

13 perros

Fernando Lalana

Nunca más

Fernando Lalana

José M.^a Almárcegui

No es invisible

Marcus Sedgwick

Las aventuras de

George Macallan.

Una bala perdida

Fernando Lalana

Big Game

(Caza mayor)

Dan Smith

Las aventuras de

George Macallan.

Kansas City

Fernando Lalana

La artillería de Mr. Smith

Damián Montes

El matarife

Fernando Lalana

El hermano del tiempo

Miguel Sandín

El árbol de las mentiras

Frances Hardinge

Escartín en Lima

Fernando Lalana

Chatarra

Pádraig Kenny

La canción del cuco

Frances Hardinge

Atrapado en mi burbuja

Stewart Foster

El silencio de la rana

Miguel Sandín

13 perros y medio

Fernando Lalana

La guerra de los botones

Avi

Synchronicity

Víctor Panicello

La luz de las profundidades

Frances Hardinge

Los del medio

Kirsty Appelbaum

La última grulla de papel

Kerry Drewery

Lo que el río lleva

Víctor Panicello

Disidentes

Rosa Huertas

El chico del periódico

Vince Vawter

Ohio

Àngel Burgas

Theodosia y las Serpientes del Caos

R. L. LaFevers

La flor perdida del chamán de K

Davide Morosinotto

Theodosia y el báculo de Osiris

R. L. LaFevers

Julia y el tiburón

Kiran Millwood Hargrave

Tom de Freston

Mientras crezcan los limoneros

Zoufka Katouh

Tras la pista del ruiseñor

Sarah Ann Juckes

El destramador de maldiciones

Frances Hardinge

Theodosia y los Ojos de Horus

R. L. LaFevers

Ánima negra

Elisenda Roca

Disidente y perseguido

Joe F. Daniels

El gran viaje

Víctor Panicello

Los cuentos de Lesbos

Àngel Burgas

Un detective improbable

Fernando Lalana

La isla de los susurros

Frances Hardinge

Leila y la zorra azul

Kiran Millwood Hargrave

Tom de Freston

Las dos aventuras

Carlo Frabetti

Centinelas

Alfonso Paredes

Las dalias tristes

Daniel Sanmateo

Cobweb

Michael Morpurgo

El bosque de los mil ojos

Frances Hardinge

Emily Gravett

La conspiración contrarreloj

Sam Sedgman

Alma

Timotheé de Fombelle

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Publicado por acuerdo con
HarperCollins Children's Books
Título original: *Cobweb*

© 2024, Michael Morpurgo, por el texto
© 2024, Michael Foreman, por las ilustraciones de interior
© 2024, Tom Clohosy, por las ilustraciones de cubierta
© 2025, Patricia Mora, por la traducción
© 2025, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Primera edición: septiembre de 2025
ISBN: 978-84-1086-007-0
Depósito legal: B-14124-2025
Printed in Spain
Impreso en Anzós, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro procede
de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
93 272 04 45).



**bam
bú**



Gran Bretaña, 1815. Tras años de dolor y sacrificio, la guerra contra Napoleón está llegando a su fin.

Cobweb no entiende de batallas ni de ejércitos. Solo sabe que adora ser un cachorro: corretear por los campos, jugar con su querida Beth y perseguir conejos entre los matorrales.

Pero su mundo cambia de golpe cuando lo separan de Beth y lo venden. De pronto, debe aprender a ser un perro pastor y recorrer largas y peligrosas rutas guiando rebaños de ovejas y ganado rumbo a Londres.

Y justo cuando la guerra termina con la famosa batalla de Waterloo, Cobweb se cruza con un desconocido muy especial...

Alguien con una historia tan increíble que cambiará su vida para siempre.



PEFC
PEFC/14-38-00310

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible

www.pefc.es

